

MATICES

El fin de la Meritocracia

Ricardo Villasmil Bond

ricardovillasmil@hotmail.com

En 1934, Enrique Santos Discépolo escribió Cambalache, tango a través del cual expresó su indignación ante la decadencia moral de la Argentina de su tiempo. Cambalache es fundamentalmente una denuncia, pero es también la añoranza por un orden social basado en el mérito y en la virtud: “Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor; ignorante, sabio o chorro, generoso o estafador; todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor; no hay aplazaos, ni escalafón, los inmorales nos han igualao”.

Pero más allá de la indignación que produce vivir en este estado de cosas, lo verdaderamente importante es preguntarse cómo puede llegar a suceder algo así. La meritocracia define el orden natural que debe tener toda sociedad, pero a diferencia de la aristocracia, aquella no es un principio incondicional. Los mejores nunca deben olvidar que su posición de liderazgo en la jerarquía social es sumamente frágil, que está legitimada en la medida en que colocan su preparación académica y su capacidad profesional al servicio de las grandes mayorías.

En Venezuela, tuvimos por largo tiempo un liderazgo basado en el mérito y en la virtud. Ejemplos de ello fueron las administraciones de Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita y Rómulo Betancourt, tiempos en los cuales las funciones de gobierno eran ejercidas por hombres como Tomás Pacanins, Arturo Úslar Pietri, Arnaldo Gabaldón y Luis Beltrán Prieto Figueroa. Con el paso del tiempo, el clientelismo y la corrupción alejaron a los mejores de la función pública y las personalidades notables, como José González Lander en el Metro de Caracas o José Antonio Abreu en el Sistema de Orquestas, se hicieron cada vez más excepcionales.

Por largo tiempo la gerencia de PDVSA continuó alzando las banderas de la meritocracia, pero su progresivo distanciamiento de la realidad del país la llevó a actuar con arrogancia y a perder de manera fatal su legitimidad. Con su debacle, arrastraron consigo los principios meritocráticos que la llevaron allí y que hoy en día son objeto de desprecio, suplantados por nociones de lealtad e igualdad mal entendidas. Cambalache puro.

Durante los años setenta, la dictadura argentina prohibió la difusión pública de Cambalache por considerarla una ofensa a las autoridades. Lo demás es historia.